

Plaza pública

para la edición del 30 de enero de 1996

Armando Labra

Miguel Ángel Granados Chapa

Ocho años después de que lo hicieron Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, con quienes firmó el primer documento de la Corriente Democrática, Armando Labra Manjarrez se ha ido del PRI. Su renuncia tendrá un efecto menor que el provocado por quienes ahora encabezan el Partido de la Revolución Democrática, entre otros motivos porque Labra no se muda de partido, no se suma al antipriísmo organizado. Pero por su trayectoria personal, por la calidad del documento en que dijo adiós al PRI y por el contexto en que Labra se marcha, su partida es señal de una descomposición que sólo con miopía puede no advertirse.

Por sus dos ramas, la ascendencia de Labra lo preparó para una militancia como la que llega ahora a un punto terminal. Su abuelo materno fue Froylán C. Manjarrez, diputado constituyente por Puebla, y luego gobernador interino de esa entidad. Maderista, constitucionalista de izquierda, cardenista de la primera hora, era director de El Nacional cuando murió en 1937. El entonces coronel Wenceslao Labra, uno de los delegados que en Querétaro fundaron el Partido Nacional Revolucionario en 1929, fue ocho años más tarde el gobernador cardenista del estado de México, y

consecuente con su línea política se afilió en 1952 al henriquismo. Su hijo Armando cumplía entonces nueve años.

Por su parte, Labra Manjarrez se hizo economista en la Universidad Nacional (y luego cursó un posgrado en la de California). Funcionario público durante los gobiernos de Echeverría y López Portillo, época en que también presidió el Colegio Nacional de Economistas, su formación lo hizo enfrentarse "a la claqué neoliberal", como él mismo caracteriza a los grupos que desde 1981, año en que se inicia la campaña presidencial de De la Madrid, tomaron la dirección de la economía nacional.

Labra escribió en el Excélsior dirigido por don Julio Scherer, y contó entre quienes se fueron de ese diario en 1976, no obstante que ya en ese momento era virtualmente diputado electo. Años después, en 1987, Labra volvería a ocupar un lugar en el diario usurpado por Regino Díaz Redondo, desde donde examinó semanalmente "los alcances y limitaciones del neoliberalismo, usualmente criticándolo y siempre proponiendo alternativas". Estas, sin embargo, "jamás (fueron) tomadas en cuenta", pues el sectarismo, la convicción de que el resto del mundo carece de razón y de razones, es uno de los rasgos de la práctica neoliberal.

Como legislador, Labra se afilió a una corriente que buscaba restaurar el nacionalismo revolucionario, y aunque ganó libertad para votar en sentido diverso de la mayoría, ya desde entonces quedaba claro que esa tendencia priísta se batía en retirada. Entre los saldos positivos de esa época, sin embargo, Labra contó la amistad de don Rodolfo González Guevara, que dirigió

un tiempo esa legislatura, y la de Heladio Ramírez López. Este no se arredró ante las eventuales consecuencias adversas de acoger a alguien que, como Labra, era tenido como enemigo del salinismo y cuando en 1986 fue elegido gobernador de Oaxaca, lo designó coordinador de sus asesores, cargo en que lo ratificó el actual gobernador Diódoro Carrasco.

Aunque su participación en el partido gubernamental se había chicado en la medida en que se amplió el espacio del neoliberalismo, Labra seguía siendo hasta el miércoles pasado miembro de ese partido, al que renunció públicamente en su artículo periodístico semanal. Sentenció gravemente que "es imposible, para cualquier persona socialmente comprometida, militar hoy en el PRI". Su visión del panorama político, sin embargo, es pesimista no sólo respecto del partido en que participó durante más de tres décadas, pues se afilió al PRI cuando aún era estudiante universitario (y poco después de haber dejado de participar en un grupo que profesionalmente tocaba rock en español). A Labra le parece que "ninguno ofrece, hoy por hoy, no digamos un proyecto nacional coherente o posible (sino) ni siquiera alternativas viables a la lucha social". Piensa, por lo tanto, que en grupos civiles, como el de San Angel, o el muy cercano a ese que patrocinó los "Veinte compromisos por la democracia",^{cs} donde se puede realizar un "trabajo socialmente comprometido con el reto de la democracia". Y reitera: "No en los partidos, al menos por ahora: no en los partidos, al menos los de ahora".

Esa percepción de Labra tiene el valor de proceder de un observador lúcido de la realidad mexicana. Pero ~~asom~~ más relevantes aún sus apreciaciones sobre el PRI, teñidas no sólo por su capacidad analítica sino por vivencias hondas a las que ahora renuncia. Su testimonio sobre el deterioro priísta, por lo demás, es seguramente suscribible por un gran número de militantes, aunque no hayandado, ni estén por dar, el paso a cuya exigencia cedió ya el ex diputado Labra:

"Es verdad que ya desde hace tiempo el partido dejó de ofrecer un proyecto nacional coherente con sus documentos básicos; empero, seguía vigente el discurso y algunas acciones políticas --cierto, cada vez más aisladas y esporádicas-- que alojaban la posibilidad de contribuir a los compromisos populares que nutrieron históricamente al partido. Ya no más. Ya ni eso".

Como hizo cuando se fueron en los años recientes otros militantes distinguidos, alguno de ellos precandidato a la Presidencia de la República, el PRI puede soslayar la importancia de estas defecciones. Numéricamente no merman la militancia del partido y un criterio mecánico puede limitarse a ponderar ese efecto y quedar satisfecho con el resultado. Pero nadie podrá ocultarse la gravedad del diagnóstico que contiene cada enjuiciamiento desde dentro, en especial cuando proviene de una personalidad políticamente inobjetable como la de Labra, que desde temprano eligió la política progresista y el servicio público como opciones de vida.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Armando Labra

Cada que el PRI pierde un militante distinguido, y la renuncia correspondiente es acompañada de razones, el partido gubernamental tendría que recibir un llamado de atención al que, sin embargo, se muestra sordo porque tal insensibilidad es parte de su crisis.

OCHO AÑOS DESPUÉS DE QUE LO HICIERON Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, con quienes firmó el primer documento de la Corriente Democrática, Armando Labra Manjarrez se ha ido del PRI. Su renuncia tendrá un efecto menor que el provocado por quienes ahora encabezan el Partido de la Revolución Democrática, entre otros motivos porque Labra no se muda de partido, no se suma al antipriísmo organizado. Pero por su trayectoria personal, por la calidad del documento en que dijo adiós al PRI y por el contexto en que Labra se marcha, su partida es señal de una descomposición que sólo con miopía puede no advertirse.

Por sus dos ramas, la ascendencia de Labra lo preparó para una militancia como la que llega ahora a un punto terminal. Su abuelo materno fue Froylán C. Manjarrez, diputado constituyente por Puebla, y luego gobernador interino de esa entidad. Maderista, constitucionalista de izquierda, cardenista de la primera hora, era director de *El Nacional* cuando murió en 1937. El entonces coronel Wenceslao Labra, uno de los delegados que en Querétaro fundaron el Partido Nacional Revolucionario en 1929, fue ocho años más tarde el gobernador cardenista del estado de México, y consecuente con su línea política se afilió en 1952 al henriquismo. En ese entonces, su hijo Armando estaba por cumplir nueve años.

Por su parte, Labra Manjarrez se hizo economista en la Universidad Nacional (y luego cursó un posgrado en la de California). Funcionario público durante los gobiernos de Echeverría y López Portillo, época en que también presidió el Colegio Nacional de Economistas, su formación lo hizo enfrentarse "a la claqué neoliberal", como él mismo caracteriza a los grupos que desde 1981, año en que se inicia la campaña presidencial de De la Madrid, tomaron la dirección de la economía nacional.

Labra escribió en el *Excelsior* dirigido por don Julio Scherer, y contó entre quienes se fueron de ese diario en 1976, no obstante que ya en ese momento era virtualmente diputado electo. Años después, en 1987, la-

y limitaciones del neoliberalismo, usualmente criticándolo y siempre proponiendo alternativas". Estas, sin embargo, "jamás (fueron) tomadas en cuenta", pues el sectarismo, la convicción de que el resto del mundo carece de razón y de razones, es uno de los rasgos de la práctica neoliberal.

Como legislador, Labra se afilió a una corriente que buscaba restaurar el nacionalismo revolucionario, y aunque ganó libertad para votar en sentido diverso de la mayoría, ya desde entonces quedaba claro que esa tendencia priísta se batía en retirada. Entre los saldos positivos de esa época, sin embargo, Labra contó la amistad de don Rodolfo González Guevara, que dirigió un tiempo esa legislatura, y la de Heladio Ramírez López. Este no se arredró ante las eventuales consecuencias adversas de acoger a alguien que, como Labra, era tenido como enemigo del salinismo y cuando en 1986 fue elegido gobernador de Oaxaca, lo designó coordinador de sus asesores, cargo en que lo ratificó el actual gobernador Diódoro Carrasco.

Aunque su participación en el partido gubernamental se había achicado en la medida en que se amplió el espacio del neoliberalismo, Labra seguía siendo hasta el

miércoles pasado miembro de ese partido, al que renunció públicamente en su artículo periodístico semanal. Sentenció gravemente que "es imposible, para cualquier persona socialmente comprometida, militar hoy en el PRI". Su visión del panorama político, sin embargo, es pesimista no sólo respecto del partido en que participó durante más de tres décadas, pues se afilió al PRI cuando aún era estudiante universitario (y poco después de haber dejado de participar en un grupo que profesionalmente tocaba rock en español). A Labra no le satisfacen los partidos, pues le parece que "ninguno ofrece, hoy por hoy, no digamos un proyecto nacional coherente o posible (sino) ni siquiera alternativas viables a la lucha social". Piensa, por lo tanto, que en grupos civiles, como el de San Angel, o el muy cercano a ese que patrocinó los "Veinte compromisos por la democracia", es donde se puede realizar un "trabajo socialmente comprometido con el reto de la democracia". Y reitera: "No en los partidos, al menos por ahora: no en los partidos, al menos los de ahora".

Esa percepción de Labra tiene el valor de proceder de un observador lúcido de la realidad mexicana. Pero son más relevantes aún sus apreciaciones sobre el PRI, teñidas no sólo por su capacidad analítica sino por vivencias hondas a las que ahora renuncia. Su testimonio sobre el deterioro priísta, por lo demás, es seguramente suscribible por un gran número de militantes, aunque no hayan dado, ni estén por dar, el paso a cuya exigencia cedió ya el ex diputado Labra:

"Es verdad que ya desde hace tiempo el partido dejó de ofrecer un proyecto nacional coherente con sus documentos básicos; empero, seguía vigente el discurso y algunas acciones políticas -cierto, cada vez más aisladas y esporádicas- que alojaban la posibilidad de contribuir a los compromisos populares que nutrieron históricamente al partido. Ya no más. Ya ni eso".

Como hizo cuando se fueron en los años recientes otros militantes distinguidos, alguno de ellos precandidato a la Presidencia de la República, el PRI puede soslayar la importancia de estas defecciones. Una agrupación que no es capaz de retener a sus miembros, especialmente a los que le aportan brillo y prestigio, debe revisar su talante y su práctica. Es cierto que esas ausencias numéricamente no merman la militancia del partido, y un criterio mecánico puede limitarse a ponderar ese efecto y quedar satisfecho con el resultado. Pero nadie podrá ocultarse la gravedad del diagnóstico que contiene cada enjuiciamiento desde dentro, en especial cuando proviene de una personalidad políticamente comprometida.



Nieto de un
constituyente
y gobernador
de Puebla, e hijo
de un fundador
del partido

gubernamental y a su vez gobernador del estado de México, Armando Labra Manjarrez hizo una temprana opción por una